



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9310

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 12 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA SEÑORA

D. MARÍA DE LA PAZ SAVORITO Y MARTÍNEZ-CARRASCO

de Montells

ha fallecido en Madrid á las tres de la mañana de hoy

Su viudo, sobrinas, sobrinos, parientes y amigos, participan á sus numerosos conocimientos tan sensible pérdida, y les ruegan la tengan presente en sus oraciones.

M.ª LEONIE BROUTIN,
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Para Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

QUINTOS
LA ESPERANZA

Sociedad para la sustitución y redención
DEL SERVICIO PARA ULTRAMAR

GARANTIA—80.000—PESETAS

Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la península y Ultramar por los medios que establece la Ley.

Por 150 pesetas para los que solo pretendan librarse de Ultramar.

Por un grupo de 10 asociados que quieran librarse de Ultramar serán sólo á 125 pesetas cada uno.

Todo depósito deberá hacerse en casa de Banca ó Banco de España.

Para más informes pidanse al representante de la zona de Cartagena.

Oficina: Droguería de Don Antonio Gómez.

El representante, ANGEL ALONSO.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

Ecos de Madrid.

10 Noviembre 1892.

¡Cuántas novedades desde mis «Ecos» últimos!

Hemos variado de alcalde y de gobernador, se ha celebrado la Cabalgata de la Industria y el Comercio, ha regresado la Corte y ya son nuestros huéspedes los monarcas de Portugal.

También han terminado los Congresos jurídico y literario, y al turno el importantísimo Congreso Militar y el no menos importante Congreso Mercantil.

Se han estrenado una comedia en Lara y una zarzuela en Eslava, las dos con buen éxito.

Ha inaugurado sus funciones en el Circo de Páris una compañía de opereta que se propone ostrear mucho.

Ha llovido, y como consecuencia inmediata, desde que hay vivos deseos de que se construya un tercer depósito, hemos tenido que beber agua turbia ó quedarnos con sed.

Y para que nada faltase, cuando ya parecía que los timadores se habían quedado sin parroquianos, ayer, sin ir más lejos, tropezaron con un infeliz que se dejó engañar entregando 800 pesetas por un cartucho de perdigones.

Estamos pues muy divertidos y deseando por momentos que se acaben las fiestas; es decir el largo período de tiempo en el que los festejos han aparecido como los fideos en la sopa á la francesa, dos ó tres en cada plato de caldo.

Pero sin ofender á nadie, porque no es esa mi costumbre, ni forma parte de mis aficiones, la verdad es que con el nombramiento del Marqués de Cubas para el cargo de Alcalde ha de ser muy difícil encontrar quien no se dé por satisfecho.

El en honor de la verdad, está de pésame, porque está demostrado que para ser un buen alcalde no bastan inteligencia, honradez, fortuna, carácter enérgico, abnegación inmensa. Todas estas cualidades y otras más que hay que reconocer en el Marqués de Cubas, se malgastan y aniquilan ante la resistencia pasiva que forma una terrible y fuerte red, endurecida por el tiempo, en cuyas mallas van quedándose esas aptitudes, esas prendas, esas energías, y lo que es esa resistencia pasiva resiste á todo.

El vencidario en masa ha aplaudido la elección: no hay quien no esté dispuesto á prestarle el apoyo moral y material que pueda necesitar: la costumbre, la rutina, lo tradicional, es lo que acabará con la paciencia y la abnegación del alcalde antes que pueda ver realizados sus ideales.

¡Cuánto celebraría equivocarme!

La Cabalgata—todos los periódicos lo han dicho y es verdad—fue lucidísima y ordenada. Se ve que ya no necesitamos andadores, ni niferas oficiales. La iniciativa le da fuerza, de lo que quieren los que todos os días se reúnen á formular protestas y pretensiones.

Aquella frase vulgarísima:—¡Dímelo hilando! es el gran consejo que puede darse á todas las actividades.

Esta teoría há prevalecido en el Congreso artístico y literario al ocuparse en la importante cuestión

del comercio de libros, base ó por lo menos vehículo de la ilustración general de los pueblos.

En nuestro país sucede que las leyes y los procedimientos administrativos en vez de favorecer la iniciativa individual la coartan.

El vago, el ocioso pueden vivir á su gusto.

Se dice desde antiguo en España; «Al que no tiene nada, el Rey le hace libre.»

En cambio el que tiene, aunque sólo sea deseo de trabajar, no halla en su camino más que obstáculos y para avanzar necesita recomendaciones, favores y algunas otras menudencias.

Todo trabajador además de ser un elemento social sano, es un contribuyente para el Estado. Favorecer la clase, estimular su aumento sería una conveniencia social y una utilidad financiera.

Pues no señor. Edificar una casa, revocarla, establecer una industria, pero ¿qué más? hasta poner una muestra, exige permisos, solicitudes, pasos, expedientes, idas y venidas, setios para cá y para allá, y cuando se ha vencido todo esto, surgen otras dificultades que no son insuperables; pero que es triste que surjan y se superen como la práctica enseña.

Pero prescindamos de afijirnos; sobre todo cuando se banquetea por todas partes, se preparan balles, festines, y cuando la cabalgata oficial se dispone á eclipsar todos los festejos habidos y por haber.

La enfermedad no tiene remedio.

Es crónica y lo que procede es ir trampeando y viviendo del mejor modo posible; esto es no dejándose timar al menos con perdigones y yendo á París á oír operetas alegres ó á Eslava á oír la encerrada que todas estas noches plaude el público.

JULIO NONBELA.

COLABORACIÓN INÉDITA.

EL PRIMER TENOR

Dibujos de C. la.—Fotografiados de Laporta.

Á EDUARDO AZNAR.

La figura extraña y melancólica de aquel pobre Saturnino Málzaga siempre envuelta en la flotante y amplia capa sacerdotal, no se borraría en mucho tiempo de mis ojos, tan hechos á verle siempre de igual modo, siempre como envuelto en ambiente de recogimiento y tristeza que de pronto alejaba del pobre muchacho pero que luego, bien observado, era como un atractivo más.

La vez primera que le vi me hizo el efecto que me hubiera hecho cualquier cura de aldea recién salido del Seminario y en los comienzos de la cura de almas: á la cuarta vez que le vi sentado,

como de costumbre, en el pórtico de la catedral y con los ojos fijos en el tímpano poblado de angelitos y santas, su grave persona me interesó hasta el punto de preguntar por él al organista, el viejo Compasillo con quien le ligaban relaciones que al pronto me parecieron misteriosas y que luego me explicó claramente.

Compasillo me contó una tarde después de visperas y en el coro mismo de la catedral, mientras entonaba el órgano tirando de los registros con sus manos fósiles, la tremenda historia de Saturnino Málzaga, historia que nadie ha contado todavía y que ninguno sospecharía cuando en los días de función solemne oía salir del coro aquella su voz de tenor que suena á melopea angelical.

II

Satur no supo en mucho tiempo, que llevaba en la garganta tan maravilloso tesoro; cantaba en la iglesia los domingos y pastoreaba el resto de la semana, mezclando así la guarda de cabras y la devoción, sin sospechar que hubiese más allá.

El aire libre lleno del acre aroma del campo organizó prodigiosamente su garganta dando á su voz de adolescente firmeza y extensión excepcionales, y cuando en las serenas noches de verano, volvía al caserío, sonaba su canción en la cañada y bajo la arboleda como eco de finísimo instrumento no inventado por hombres. Retardaban el paso por oírle los que pasaban por la carretera, y todo callaba incluso el aserreo de la chicharra y la nota invariable del cuclillo.

Satur era reflexivo. Hecho á contemplar la naturaleza, se había ido llenando su espíritu de aspiraciones inexplicables, de deseos de la soledad y el sosiego, de tendencias á un estado perfecto que le permitiese ser solo y casto, inmutable y sereno, como aquellos campos dormidos bajo el lejano parpadeo de las estrellas.

Pensó en hacerse cura, en vivir, como buena cura, en su casita solitaria y limpia como locutorio monjil, en andar por la carretera para escojer un lugar de ella en que sentarse para meditar y rezar.

Para hacerse cura se necesitaba dinero, y el dinero podría venir de aquella voz que todos le alababan y que podía ser útil en el coro de la catedral.

Satur pensó en ello dos meses, y se decidió en un minuto.

Tomó carrereta adelante y se fue á ver á Compasillo.

III

El organista estaba cuando llegó Satur, ocupado en copiar su *misa*, una *misa* inédita que pensaba legar á sus contemporáneos y en vigilar la cocción de una compota de pera, operaciones ambas que llevaba de frente con el mayor desembarazo.

Cuando Satur entró, todo encogido, y le dijo que quería ser niño de coro en la catedral, Compasillo retiró del fuego la compota, levantó las gafas, y le miró.

—Muy zagalón eres tú ya para niño



de coro—le dijo—pero te probaré.

Satur no supo qué cosa fuese probarle.

Compasillo abrió el piano y tecleó una escala, desde el *do* al *ré* agudo.

—Canta tú ahora esto.

Satur cantó con indecisión al principio, con seguridad después, y llegó con la mano al *si*.

—¡Caracoles!—exclamó Compasillo todo trémulo—á ver otra vez.

Satur *dió* el *si* con facilidad mayor que la vez primera y se quedó mirando al venerable Compasillo, el cual se volvió á él girando sobre la banqueta del piano y le dijo cruzándose de brazos, y mirándole muy serio á través de las gafas:

—Muchacho, estás á punto de tener una voz de tenor asombrosa. Aprende música á escape y dedícate al teatro, el mundo es tuyo.

Satur no entendió bien.

—Yo quiero ser cura—contestó.

—¡Cura!—exclamó Compasillo asombrado—¡cura tú, con esa voz! imposible.

—Si, señor cura—replicó obstinado Satur. Con lo que V. me dé en la capilla hago la carrera.

—Pero ¿tú sabes lo que vas á hacer?—dijo no menos obstinadamente Compasillo—¿tú sabes que vas á tirar á la calle un tesoro? ¿Tú sabes que...

Por aquí siguió el organista machacando en la rebelde cabeza de Satur, presentándole el porvenir, tal como has ta él había llegado, de un virtuoso mimado por públicos y empresas, haciendo esfuerzos para que el muchacho comprendiese que lo que iba á hacer tenía apariencias de suicidio.

Nada sacó en limpio.

Satur le oyó con atención, volviendo y revolviendo la boina entre los dedos, y cuando Compasillo, muy excitado con la parrufada, acabó mirándole interrogante, Satur no dijo más que esto:

—Pues yo quiero ser cura.

IV

Y lo fué.

Muy apesadumbrado Compasillo viendo que aquella prodigiosa voz, que él había *descubierto*, según decía, no iba á servir de nada ó poco menos, lo recomendó al cabildo catedral, y le hizo cantar un día delante del señor magistral, el cual fue á contar al señor obispo que había dado con una joya que no pedía más que facilidades para ser propiedad de la iglesia. Le oyó también Su Ilustrísima, opinó como el magistral, y para evitar que Satur volviese de su acuerdo se le hizo cura más pronto de lo que él hubiera esperado.

Nunca se oyó en la Catedral voz de tenor como la que salía de la garganta de aquel curita que cantaba recojido y modesto en un rincón del coro, ni se vio tampoco nunca cara más compungida que la que ponía Compasillo cada vez que en el agosto silencio del *ofertorio* llenaba sus oídos el regalo de aquella voz prodigiosa que hacía decir á los capitulares con cierto orgullo:

—Nuestro tenor.

Llegó por entonces á la capital de que hablo (porque se trata de una capital) una compañía de ópera en la que figuraba un armonioso tenor en *ini*, de los varios que cobran á peseta por nota y viajan en *sleeping-car*, el cual tenor hizo su *debut* con *Favorita*.

Compasillo, que tenía un abono fijo de localidad alta, llevó al teatro á Satur que por vez primera iba á saber qué cosa era una ópera, y cuando asomó *Fernando* y se hizo en la sala un silencio sepulcral para no perder notas que tan caras costaban, el organista dijo al oído de Satur:

